

A MEDIA NOCHE.

A MI QUERIDO AMIGO ARISTEO MERCADO.

I

Más gallarda que el nenúfar
Que sobre las verdes ondas
Al soplo del manso viento
Se mece al rayar la aurora,
Es una linda doncella
Que tiene por nombre Rosa;
Y á fé que no hay en los campos
Igual á sus gracias otra.

Vive en Pátzcuaro, en la villa
De hermoso lago señora,
Lago que retrata un cielo
Limpio y azul, donde flotan
Blancas nubes que semejan
Grupos de errantes gaviotas.

Está en la flor de la vida,
No empaña ninguna sombra
Las primeras ilusiones
Con que el amor la corona.

Ama Rosa y es amada
Con un amor que no estorban
Sus padres, porque comprenden
Que el joven que para esposa
La pretende, nobles prendas
Y honrado nombre atesora.

Cuentan, los que lo conocen,
Que tal mérito lo abona,
Que no hay otro que le iguale
Cien leguas á la redonda.
Y aunque alabanza de amigo
Pueda tacharse de impropia,
Nadie niega que Fernando
Tiene el alma generosa;
Que sus riquezas divide
Con los que sufren y lloran,
Que es tan bravo, que el peligro
Desdeña y jamás provoca,
Pero lo humilla y lo vence
Cuando en su camino asoma.

No hay ginete más garboso
Ni más diestro, porque asombra
Cuando de potro rebelde
Los fieros impetus doma,
Y es tan amable en su trato,
Tan cumplido en su persona,
Tan generoso en sus hechos
Y tan resuelto en sus obras,
Que la envidia no se atreve
Con su lengua ponzoñosa
A manchar su justa fama
Cuando cualquiera lo nombra.

Ya se prepara la fiesta,
Cercanas están las bodas,

Los padres cuentan los días,
 Los prometidos las horas;
 Los amigos se disponen
 Para obsequiar á la novia
 Dando brillo con sus galas
 A la nupcial ceremonia.

Y aunque es fiesta de familia
 Por suya el pueblo la toma,
 Y en llevarla bien al cabo
 Se empeña la villa toda.

II

¡Con qué profunda tristeza
 Vive Rosa en su retiro!
 Está pálida su frente
 Y están sns ojos sin brillo;
 De la noche á la mañana
 Corre de su llanto el hilo,
 Sus padres sufren con ella
 Y están tristes y abatidos.
 No le da el sueño descanso
 Ni el sol le procura alivio,
 Que son la luz y las sombras
 Para el que sufre lo mismo.

Está muy lejos Fernando,
 Muy lejos y en gran peligro,
 Porque al llegar de la boda
 El instante apetecido,
 Invadió como un torrente
 La ciudad el enemigo.

El pabellón del imperio
 Halla en Pátzcuaro un asilo,
 Los franceses se apoderan

Del sosegado recinto,
 Su ley imponen á todos,
 Subyugan al pueblo altivo,
 Y Fernando, en su caballo,
 De pocos hombres seguido,
 Sale á buscar la bandera
 Que veneró desde niño,
 Y que agita en las montañas
 El viento del patriotismo.

Ni el amor ni la esperanza
 Le cerraron el camino,
 Que ciego á todo embeleso
 Y sordo á todo atractivo,
 La patria, sólo la patria
 En tales horas ha visto,
 Y por ella deja todo,
 A salvarla decidido.

Rosa se queda llorando
 Y como agostado lirio,
 No hay fuerza que la levante
 Ni sol que le infunda brío.

De su amoroso Fernando
 Sólo saben lo que han dicho:
 Fué á la guerra, y lo conoce
 Firme noble y decidido;
 Lo sueña entre los primeros
 Que acometen los peligros.
 Ssbe que en todos los casos,
 Entre muerte y servilismo,
 Ha de preferir la muerte,
 Que es vida para los dignos,

Y con profunda tristeza
 Vive Rosa en su retiro

Sin consuelo ni descanso,
Sin esperanza ni alivio,
Que son la luz y las sombras
Para el que sufre lo mismo.

III

A la habitación de Rosa,
Al rayar de la mañana,
Llega un indígena humilde
Que viene de la montaña,
Y sin despertar sospechas
Cruzó por las avanzadas
Trayendo un papel oculto
En su sombrero de palma.

En hablar con Rosa isiste
Cuando de oponerse tratan
Sus padres que en todo miran
Espionajes y acechanzas

Oye la joven las voces
Y con interés indaga,
Porque el corazón le dice
Que la nueva será grata,
Y lo confirma mirando
Que al borde de su ventana
Un *salta-pared* ligero
Tres veces alegres canta,
Nuncio de buena fortuna
Del pueblo entre las muchachas.

Llama al indio presurosa,
Este con faz animada
La saluda, y del sombrero
Descose la tosca falda,
Y de allí con mano firme,

Saca y le entrega una carta
Que vino tan escondida,
Que á ser otro no la hallara.

Rosa, trémula, no acierta,
En su gozo, á desplegarla
Y ya febril é impaciente
Tanta torpeza le enfada;
Abre al fin y reconoce
Que Fernando se la manda,
Y en cortas frases le dice
Esto que en su pecho guarda:

“Mi único amor, vida mía,
Mi pasión, alma del alma,
No puedo vivir sin verte,
Que sin tí todo me falta;
Y aunque tu amor me da aliento
Y tu recuerdo me salva,
Tengo sed de tu presencia,
Tengo sed de tus palabras.

“Hoy por fortuna muy cerca
Me encuentro de tu morada,
Y he de verte aunque se oponga
Todo el poder de la Francia.

“Esta noche, á media noche,
Antes de rayar el alba,
Para verme y para hablarme
Asómate á la ventana.

“Adios, vida de mi vida,
No tengas miedo, y aguarda
Al que adora tu recuerdo
Luchando entre las montañas.”

IV

Es pasada media noche,
Reina profundo silencio
Que solo interrumpe á veces
El ladrido de los perros,
O el grito del ceutinela
Que lleva perdido el viento.

En su ventana está Rosa,
Entre las sombras, queriendo
Penetrar con la mirada
De sus grandes ojos negros,
Las tinieblas que sepultan
Los callejones estrechos.

Para no inspirar sospechas
Oscuro está su aposento,
Y ni á suspirar se atreve
Por no vender su secreto.

De súbito escucha pasos
Cautelosos á lo lejos,
Y al oírlos no le cabe
El corazón en el pecho.

Entre las sombras divisa
A'go que tomando cuerpo
A la ventana se llega
Y casi con el aliento
Le dice: —Prenda del alma,
Aquí estoy.

—¡Bendito el cielo!—
Contesta Rosa y las manos
En la oscuridad tendiendo
Halla el rostro de su amante

Que las cubre con sus besos.

—¿Dudabas de que viniera?

—¿Cómo dudar, si yo creo

Cuanto me dices lo mismo

Que si fuera el evangelio?

—¡Tantas semanas sin verte!

¡Tanto tiempo!

—¡Tanto tiempo!

—Pero temo por tu vida.....

—No temas, Dios es muy bueno.

Ahora dime que me amas,

A que me lo digas vengo

Y á decirte que te adoro.....

—¿Más que yo á ti, cuando siento

Hasta de la misma patria

El aguijón de los celos?

No te culpo, mi Fernando,

No te culpo, bien has hecho,

Pero dudo, y me atormenta

Pensar que esconde tu seno

Amor más grande que el mio

Y otro vínculo más tierno.

Escúchame: si algún día

Merced á tu noble esfuerzo,

Victoriosa tu bandera,

Por héroe te aclama el pueblo,

Yo disputaré á tu frente

Ese laurel, porque tengo

Ante la patria que gime

Para adquirirlo derecho;

Tú sacrificas tu vida;

Yo, débil mujer, le ofrezco

Alentando tu constancia,

Todo el amor que te tengo.

¡Ay, Fernando! ¿tú no mides

Este sacrificio inmenso?

Y al decir así, la mano
 Atrajo del guerrillero
 Y con su llanto al bañarla
 La oprimió contra su pecho.

V

Limpia despunta la aurora,
 Y en la ventana Fernando
 No se atreve á despedirse,
 Sin hacer del tiempo caso.

Mas de pronto, por la esquina,
 Sobre fogoso caballo,
 De la brida conduciendo
 Un potro alazán tostado,
 Un guerrillero aparece
 Con el mosquete en la mano.

Acércase á la pareja,
 Aquel coloquio turbando,
 Y dirigiéndose al joven
 Le dice:—mi jefe, vamos,
 Monte, que nos han sentido,
 Y somos dos contra tantos.

—¡Vete, por Dios!—grita Rosa.
 Salta á su corcel Fernando,
 Toma su pistola, besa
 A la doncella en los labios,
 Y á tiempo que se despide,
 Por un callejón cercano
 Desembocan en desorden
 Argelinos y zúavos.

--¡Alto!—gritan los que vienen.
 —¡Primero muerto que dado!
 Contesta el otro, y se lanza

Para abrir en ellas paso.....
 Suenan discordantes gritos,
 Y se escuchan los disparos,
 Y álzanse nubes de polvo
 De los pies de los soldados;
 Y al punto que Rosa enjuga
 Sus ojos que anub'a el llanto,
 Ya mira cómo se alejan
 A galope por el campo,
 Libres de sus enemigos,
 El asistente y Fernando.

VI

Algunos años máa tarde,
 Y cuando pagó á su patria
 La deuda de sus servicios
 Y la vió libre y sin mancha,
 Volvió Fernando á sus lares,
 Colgó en el hogar su espada,
 Y no quiso ser soldado
 Después de triunfar su causa,
 Que fué guerrero del pueblo,
 Luchador en la montaña,
 De los que solo combaten
 Si está en peligro la patria.

Entonces cumplióle á Rosa
 Sus ofertas más sagradas,
 Y fué la boda una fiesta
 Popular, risueña y franca.

Al verlos salir del templo,
 Según refiere la fama,
 Recordando aquellas frases
 De la inolvidable carta,
 Formando vistoso grupo

A las puertas de su casa,
 Las más bonitas del pueblo,
 Las más festivas muchachas,
 Con melancólicas notas
 Que á nuestros tiempos alcanzan
 (En canción que "Los Capiro."
 En Michoacán se la llama),
 Al compás de las vihuelas,
 De esta manera cantaban:
 "Esta noche, á media noche
 Y antes que llegue mañana,
 Si oyes que al pasar te silbo
 Asímate á tu ventana."

*Cual secreto
 pendejo*

*Bonte o
 esturdido*

LA HEROINA DEL DOLOR

A la Sra. Carmen Romero Rubio de Díaz,

I

Per una angustia verede
 Que cruza entre las montañas
 Que por el Sur de Jalisco
 Forman gigante muralla,
 Caminando paso á paso,
 Al despuntar la mañana,
 Van en sus dóciles potros
 Que de fuertes tienen traza,
 Un oficial embozado
 En vieja y obscura capa,
 Una mujer bella y joven
 Con un niño que amamanta,
 Y un asistente que sigue
 De la pareja la marcha.

Risueña nace la aurora,
 Alegres las aves cantan,
 El viento cruza tan manso,
 Que no estremece las ramas;
 Sonoro rumor se escucha

De las distintas cascadas,
Y la tierra humedecida
Con las lágrimas del alba
Entre el tupido follaje
Ligeras brumas levanta.

Por el azul de los cielos
Atraviesan las bandadas
De mi los y colorines,
De tordos y guacamayas.

Van alegres los viajeros,
Y, al compás de las pisadas
De los caballos, sostienea
Festiva y sabrosa charla.
—Mira qué grandes, qué bellos
Tiene los ojos —exclama
La mujer mirando al niño:
Si ya con los ojos habla;
Mira qué obscuro es su pelo
Sus manecitas qué blancas,
Y esa sonrisa tan dulce
Que llega al fondo del alma.
¿No confiesas que es hermoso?

Y el oficial que no aparta
Del bello grupo la vista,
Responde con risa franca
Que la ternura denuncia
Y el buen carácter delata:

—Por fuerza debe ser bello,
Si tiene mi misma cara:
Es retrato de su padre
Y hasta los ciegos lo cantan.—
Alzó la joven el rostro,
Y lanzando una mirada

Más traviesa que burlona:
—Si, tu retrato le llamas
Contestó—porque no has visto
En un espejo tus gracias.—

Y como dando la prueba
De que mienten sus palabras,
Acaricia del marido
La lengua y sedosa barba.

El sol se va levantando:
De los montes en la falda
Las nieblas desaparecen,
Y se agrupan en las palmas,
Buscando la fresca sombra,
Las aves en las cañadas.

Sigue el grupo su camino,
Mas ya con penosa marcha,
Que baja lumbre del cielo.
Y el suelo despide llamas.

La madre al niño procura
Defender del sol que abrasa,
Formándole frágil toldo
Con tela ligera y blanca.

El oficial va cual antes
Sin soltar ni la bufanda,
Pues toma por buena regla:
"Para buen sol, buena capa."

El soldado indiferente
Silbando el toque de marcha,
Sigue cual si no sintiera
Temperatura tan alta.

El se apellida Lozano;
Ella, Matilde se llama,

Y el asistente responde
Al nombre de Juan Zapata.

II

De improviso los caballos
Detienen, y con recelo
Alzan la cabeza y mueven
Ambas orejas á un tiempo.
El oficial y el soldado
Comprenden cercano riesgo
Los dos empuñan las armas,
Y, con ademán resuelto,
Saltan entre la maleza,
Límite del bosque espeso,
No bien un palmo adelantan
Cuando salen á su encuentro,
Cual brotando de la selva,
Audaces, terribles fieros.
Los cazadores franceses
Que allí estaban en acecho.

Es la resistencia inútil
Que en gran número son ellos,
Y tan de prisa se llegan,
Que cercan en un momento
Al oficial y á Zapata,
Intimándoles soberbios.
El uniforme denuncia
A Lozano, y sin remedio
Tiene que entregar sus armas
Y darse por prisionero.

Muda de asombro, tombando,
Con el rostro descompuesto,
Las lágrimas en los ojos
Y apretando contra el seno

Al niño cual si quisiera,
En ella misma esconderlo,
Matilde mira á su esposo,
A los soldados y al cielo:
Y ni tiene una plegaria,
Ni una queja, ni un lamento.

En tanto, de los caballos
Hacen bajar á los presos,
Y en medio de los franceses
Y sin ningún miramiento,
Se encamina la columna
Buscando el vecino pueblo,
Y tras ella pensativa
Sigue Matilde en silencio,
Que nadie de ella se ocupa
En tan aciagos momentos.

Una madre abandonada,
En un camino desierto,
Con un niño entre los brazos;
Llevando dentro del pecho
El corazón comprimido
Por el dolor más intenso,
Podrá conmover sin duda
El ánimo más sereno:
Pero en medio de las luchas
Y cuando sopla el aliento
De los combates, en vano
Fuera buscar un consuelo
En marciales corazones
Templados á sangre y fuego.

III

Prisionero está en Colima
El comandante Lozano,
Y en la pobreza Matilde

Vive su prisión llorando.
 Tiene en peligro la vida
 El jefe republicano,
 Pues de cuantos han caído
 á ninguno ha perdonado,
 Que Berthelin que allí manda
 Debe en justicia á sus actos
 Los renombres que lesiguen
 De implacab'e y sanguinario.

Matilde ocupa una casa
 En un apartado barrio,
 Mas, por desgracia, esa calle
 Es el camino marcado
 Para llevar diariamente
 Las víctimas al cadalso.

Y así, todas las mañanas,
 Luego que suenan las cuatro,
 Oye Matilde que llevan
 En las sombras los zúavos
 A una plazuela cercana
 Los mártires sentenciados.

Escucha á pocos instantes
 El sonar de los disparos,
 Y luego vuelve la escolta
 los cadáveres dejando,
 Que el cara siempre recoge
 Cuando el sol está muy alto.

En horrible incertidumbre,
 Con el pecho destrozado,
 Cada mañana Matilde
 Escucha llena de pasmo,
 Cuando pasa la columna
 A los mártires llevando;
 Cada mañana supone

Que va con ellos Lezano,
 Y al escuchar las descargas
 Nubla sus ojos el llanto
 Y con voz entrecortada
 Pone al niño en su regazo,
 Y acercándolo á su rostro,
 Le dice, bajo, muy bajo:
 —¡Hijo del alma, quién sabe
 Si á tu padre habrán matado!—

Se pone luego en acecho,
 Y al regresar los zúavos,
 Cuando siente que se alejan
 Y queda en silencio el barrio:
 Coge un farol y le oculta,
 Toma al niño entre sus brazos,
 Abre con temor la puerta,
 Ve la calle con espanto,
 Y trémula y conmovida
 Dirige el incierto paso
 Hasta el lugar en que yacen
 Los muertos abandonados.....

Lanza su rojiza lumbre,
 Tras de los vidrios opacos,
 El farolillo que tiembla
 De la mujer en la mano.
 Hirsuto el negro cabello,
 De las órbitas saltando
 Los ojos como dos ascuas,
 Ve Matilde, paso á paso,
 Uno por uno, los rostros,
 Por el plomo destrozados.
 Hunde las desnudas plantas

De tibia sangre en los charcos,
Y ni el terror la detiene
Ni la domina el espanto.

Inclínase y delirante
Va cada rostro mirando,
Y si en alguno las huellas
Del proyectil han borrado
Las facciones, si la sangre
Oculta todos los rasgos,
Valerosa se arrodilla
Y con atrevida mano
Lo enjuga, aparta el cabello
Y su audacia llega á tanto.
Que á muchos abre los ojos
Claros señales buscando.

Cuando queda satis'echa
De que no ha muerto Lozano,
Se arrodilla, e'leva al cielo,
Cortándola con su llanto,
La más ferviente plegaria
Qué alzó pecho atribulado.

Vuelve en seguida á su casa
Pasa en terribles trabajos
Las horas, llega la noche,
Escucha sonar las cuatro,
Y otra vez la misma escena,
Y sin tregua ni descanso
Uno tras otros los días
Va en esta angustia pasando;
Así transcurren los meses
Está su cabel'o blanco,
Está su faz demacrada,
Donde abrió surcos el llanto,
Y ya una anciana parece
Y cuenta veintitrés años.

IV

Una noche tenebrosa
En que ruda la tormenta
Sobre la ciudad bramando
Hace estremecer la tierra,
Y las ráfagas del viento
Hondos gemidos remedan,
Y el relámpago se enciende
Rasgando la sombra densa,
Y se desata en raudales
De lluvia la nube negra,
Tan turbada está Matilde,
Tan turbada y tan inquieta,
Que la tempestad de su alma
A la del cielo semeja.

Quiere rezar y no puede,
Quiere llorar y está secas
De sus lágrimas las fuentes,
Que las agotó la pena.

Quiere quejarse, y palabras
Por más que busca no encuentra;
Al niño toma en sus brazos,
Y, cual si suyo no fuera,
Como perdido entre nubes,
Con vaguedad lo contempla,
Y siente que le abandonan
La voluntad y las fuerzas,
Y que su razón vacila,
Y que su sangre se hiela.

Así queda largo tiempo
Como estatua muda y quieta,
Mas de improviso se yergue,

Alza el rostro, escucha atenta,
Y se convence temblando,
De que ya las cuatro suenan.....

.....
.....
.....

Reina en la calle el silencio,
Ha cesado la tormenta,
Y se oye sobre las charcas
Las pisadas que se acercan
De las tropas que caminan
A la ejecución sangrienta.
Matilde, cobrando aliento,
Va con sigilo á la puerta
Y quiere por las rendijas
De la gastada madera
Contemplar á los que pasan,
Pero la sombra es tan densa
Que en vano lanza cual dardos
Sus miradas hacia fuera,
Y solo descubre bu tos
Iguales, fantasmas negras,
Que saliendo de unas sombras
En otras sombras penetran.

Ella detiene el aliento
Mientras pasan y se alejan,
Y ni á respirar se atreve,
Inmóvil, como de piedra,
Hasta que escucha á lo lejos
Cómo las descargas suenan.

Entonces lanza un gemido;
Nunca tan honda su pena
Sintió como en esa noche
De agenia y de tormenta.

Quando de vuelta la tropa,
Quedó la calle desierta,
Matilde, cargando al niño,
Corre á la plaza siniestra,
Y su agitación es tanta,
Que á cada paso tropieza.

Llega hasta el lugar terrible,
Y loca, convulsa, y ciega,
Con avidez, y con ansia,
Al fulgor de su linterna
Mira un cadáver tendido
Sobre la mojada yerba.

Quando la luz amarilla
Baña la faz descompuesta,
Matilde lanza un profundo
Grito, y se desploma yerta.

▼

Quando el sol de la mañana
Bañó montes y collados,
Y fué á buscar á los muertos
El cura humilde del barrio;
Descubrió con gran asombro,
Estrechamente abrazado,
El cadáver de una dama
Al cadáver de Lozano,
Y junto al fúnebre grupo,
Llorando en el triste campo,
Un niño que apenas muestra
Tener de existencia un año